

—No seré yo quien se meta en semejante lío confiado en un *veremos*. El vizconde es un valiente que podría matarme, y yo tendré que armarme de sangre fría y procurar competir con él á espada y á pistola. Establézcanme ustedes y cumpliré mi palabra.

—Impide esa boda y te estableceré, respondió el dueño de la posta.

—Hace ya nueve meses que me promete usted prestarme quince mil miserables francos para comprar el cargo de Lecœur, el alguacil, y ¿quiere usted que me fie de su palabra? No, no; si pierde usted la herencia de su tío, le estará bien empleado.

—Si no se tratase más que de quince mil francos y del estudio de Lecœur, no digo que no, respondió Celia. Pero afianzarle á usted por cincuenta mil escudos...

—Pero yo pagaré, dijo Goupil dirigiendo á Celia una mirada fascinadora que se encontró con la mirada imperiosa de la dueña de la posta.

—Esperaremos, dijo Celia.

—¡De qué me vale tener el genio del mal! pensó Goupil. Si alguna vez caéis en mis manos, os he de exprimir como limones.

Cultivando la sociedad del doctor, del juez de paz y del cura, Sabiniano les probó la excelencia de su carácter. El amor de este joven por Úrsula, tan desprovisto de interés y tan persistente, interesó de tal modo á los tres amigos, que no separaban sus pensamientos de estos dos jóvenes. La monotonía de aquella vida patriarcal y la certidumbre que los amantes tenían en su porvenir, no tardaron en dar á su afecto una

aparición de fraternidad. Frecuentemente, el doctor dejaba á Úrsula y á Sabiniano solos. El anciano había juzgado bien á aquel joven encantador, que besaba la mano de Úrsula al llegar y que no se la hubiese pedido estando solo con ella, pues tanto respeto le inspiraba la inocencia y el candor de aquella niña, cuya excesiva sensibilidad, experimentada más de una vez, le había enseñado que una expresión dura, un aire frío, ó alternativas de amabilidad ó de enfado, podían matarla. Los grandes atrevimientos de los dos amantes se cometían en presencia de los viejos, por la noche. Dos años llenos de secretos goces pasaron de este modo, sin más acontecimientos que las tentativas inútiles del joven para lograr que su madre consintiese su casamiento con Úrsula. El vizconde hablaba á veces mañanas enteras, y su madre le escuchaba sin responder á sus razones y á sus plegarias más que con un silencio de bretona ó con negativas. A los diez y nueve años, Úrsula, excelente música y bien educada, era perfecta, no tenía ya que aprender, y la fama de su belleza, de su gracia y de su instrucción se extendió en algunas leguas á la redonda. Un día el doctor tuvo que negársela á la marquesa de Aiglemont, que había pensado en ella para su hijo mayor. Seis meses después, y á pesar del profundo secreto que habían guardado Úrsula, la marquesa y el doctor, Sabiniano supo por casualidad este detalle. Conmovido por tanta delicadeza, el vizconde se apoyó en este proceder para vencer la obstinación de su madre, la cual le respondió:

—Si los de Aiglemont quieren rebajarse, allá

ellos; esa no es razón para que nosotros lo hagamos.

En el mes de diciembre de 1834, el piadoso y buen anciano empezó á declinar visiblemente. Al verle salir de la iglesia con su cara amarilla y apergaminada y sus ojos pálidos, toda la villa habló de la próxima muerte del anciano, que contaba á la sazón ochenta y ocho años.

—Pronto saldréis de dudas, decía todo el mundo á los herederos.

En efecto, la muerte del anciano tenía todo el atractivo de un problema. Pero el doctor no sabía que estaba enfermo, se hacía ilusiones, y ni la pobre Úrsula, ni Sabiniano, ni el juez de paz ni el cura, querían, por delicadeza, darle cuenta de su estado. El médico de Nemours, que iba á verle todas las noches, tampoco se atrevía á recetarle. El anciano Minoret no sentía dolor alguno, pero se iba extinguendo poco á poco. En los ancianos constituidos de este modo, el alma domina al cuerpo y les da fuerzas para morir de pie. El cura, para no anticipar el término fatal, dispensó á su feligrés de ir á oír la misa á la iglesia, y le permitió leer los oficios en su casa, pues el doctor cumplía minuciosamente sus deberes religiosos, y cuanto más se acercó á la tumba, más amó á Dios. A principios del año siguiente, Úrsula logró que vendiese los caballos y el coche, y que despidiese á Cabirolle. El juez de paz, cuyas inquietudes acerca del porvenir de Úrsula estaban lejos de calmarse con las semi-confidencias del anciano, entabló un día la cuestión delicada de la herencia, demostrando á su antiguo amigo la necesidad de emancipar á Úr-

sula. La pupila sería así hábil para recibir una cuenta de tutela y para poseer, lo cual permitiría mejorarla. A pesar de esta franqueza, el anciano, que había consultado varias veces al juez de paz, no le confió el secreto de sus disposiciones relativas á Úrsula; pero adoptó el partido de la emancipación. Cuanta más insistencia demostraba el juez de paz por conocer los medios escogidos por su anciano amigo para enriquecer á Úrsula, más desconfiado se volvía el doctor. Finalmente, Minoret temió confiar al juez de paz los treinta mil francos de renta al portador.

—¿Por qué no es usted más previsor? le dijo la Bougival.

—Entre dos probabilidades, es preciso evitar la más peligrosa, le contestó el doctor.

Bongrand activó la cuestión de la participación, logrando que estuviese terminada para el día en que la señorita Úrsula Mirouet cumplía veinte años. Este aniversario debía ser la última fiesta del anciano doctor, el cual, presintiendo sin duda su fin próximo, lo celebró suntuosamente dando un baile al que invitó á todos los jóvenes de las cuatro familias Dionis, Minoret, Cremiere y Massin. Sabiniano, Bongrand, el cura, los dos vicarios, el médico de Nemours y las señoras Celia Minoret, Massin y Cremiere, así como Schmucke, fueron los convidados á la gran comida que precedió al baile.

—Siento que me voy, dijo el anciano al notario al final de la velada. Mañana le ruego á usted que venga para redactar las cuentas de tutela que tengo que rendir á Úrsula, á fin de no complicar la cuestión de mi testamentaria. A Dios

gracias, no he perjudicado en nada á mis herederos, y sólo he dispuesto de mis rentas. Los señores Cremiere, Massin y Minoret, sobrinos míos, son miembros del consejo de familia instituido para Úrsula, y deben asistir á la rendición de cuentas.

Estas palabras, oídas por Massin y propaladas por el baile, llenaron de gozo á las tres familias, que hacía cuatro años que vivían en continuas alternativas, creyéndose tan pronto ricas como desheredadas.

—Es una *lengua* que se extingue, dijo la señora Cremiere.

A eso de las dos de la madrugada, cuando no quedaron en el salón más que Sabiniano, Bongrand y el cura Chaperon, el anciano doctor les dijo señalándoles á Úrsula que estaba encantadora con su traje de baile, y que acababa de despedirse de las señoritas Cremiere y Massin:

—Amigos míos, á ustedes se la confío. Dentro de algunos días yo no estaré ya en este mundo para protegerla: colóquense entre ella y la sociedad hasta que esté casada... Muero intranquilo por ella.

Estas palabras causaron penosa impresión. Presentadas las cuentas de tutela algunos días después en consejo de familia, el doctor Minoret resultaba deber á su sobrina diez mil seiscientos francos, resultado de las rentas de la inscripción de mil cuatrocientos francos de renta debida al legado del capitán Jordy, y á un capitalito de cinco mil francos que provenía de las donaciones hechas por el doctor á su pupila, en quince años, los días de su santo y de su cumpleaños.

Esta rendición de cuentas había sido aconsejada por el juez de paz, que temía los efectos de la muerte del doctor Minoret, y que, desgraciadamente, tenía razón. Al día siguiente de la aceptación de la cuenta de tutela, que ponía á Úrsula en posesión de diez mil seiscientos francos por una parte, y de mil cuatrocientos francos de renta por otra, el anciano se sintió tan sumamente débil, que se vió obligado á guardar cama. A pesar de la discreción de los habitantes de la casa del doctor, el rumor de su muerte se extendió por la villa, donde los herederos corrieron por las calles como las cuentas de un rosario, cuya cadena se ha roto. Massin, que se presentó á pedir noticias, supo por la misma Úrsula que su tío estaba en cama. Desgraciadamente, el médico de Nemours había declarado que el momento en que Minoret empezase á guardar cama, coincidiría con su muerte. Al conocer su gravedad, y á pesar del frío, los herederos se estacionaron en las calles, en la plaza, ó en el umbral de sus puertas, ocupados en charlar de aquel acontecimiento esperado hacia tanto tiempo, y en espiar el momento en que el cura llevase al anciano doctor los últimos sacramentos con toda la pompa con que acostumbra á hacerse en los pueblos. De modo que dos días después, cuando el abate Chaperon, acompañado del vicario y de los monaguillos, y precedido del sacristán, que llevaba la cruz, atravesó la calle Mayor, los herederos se unieron á él para ocupar la casa, impedir toda sustracción y meter sus manos ávidas en los presuntos tesoros. Cuando el doctor vió detrás del clero á sus herederos arrodillados, los

cuales, en lugar de rezar, le dirigían miradas tan vivas como los resplandores de un cirio, no pudo retener una maliciosa sonrisa. El dueño de la posta fué el primero en dejar su molesta postura, y su mujer no tardó en imitarle. Massin temió que Celia y su marido echasen mano á alguna bagatela, y se unió á ellos en el salón; de este modo todos los herederos, uno tras de otro, no tardaron en reunirse en aquel punto.

—Es un hombre demasiado honrado para pedir la extremaunción sin necesitarla, dijo Cremiere; así es que podemos estar tranquilos.

—Sí, pronto tendremos veinte mil francos de renta cada uno, respondió la señora Massin.

—Se me ha metido en la cabeza que hace ya tres años que no *colocaba* nada, dijo Celia; le gustaba atesorar.

—¿Estará acaso el tesoro en la bodega? decía Massin á Cremiere.

—Con tal que encontremos algo, dijo el coloso.

—Pero, hombre, después de las declaraciones que hizo en el baile, eso no ofrece duda.

—En todo caso, dijo Cremiere, ¿cómo haremos? ¿nos lo repartiremos? ¿litigaremos? ¿ó lo distribuiremos en lotes? porque no hay que olvidar que todos somos mayores de edad.

La cuestión relativa á la manera cómo había de procederse, promovió una discusión que no tardó en agriarse. Al cabo de media hora, un ruido confuso de voces, sobre las cuales sobresalía el atiplado órgano de Celia, resonaba en el patio y hasta en la calle.

—¡Debe estar ya muerto! dijeron los curiosos agrupados en la calle.

Aquel tumulto llegó á oídos del doctor, el cual oyó estas palabras gritadas, ó mejor dicho, berreadas por Cremiere:

—¡Que la casa vale treinta mil francos! ¡yo me la quedo por ese precio!

—Pues bien, ya pagaremos por ella lo que valga, respondió Celia con acritud.

—Señor cura, haga usted que yo muera en paz, dijo el anciano al abate Chaperon, que permaneció al lado de su amigo después de haberlo sacramentado. Mis herederos, como los del cardenal Jiménez, son capaces de saquear mi casa antes de morir, y yo no tengo medios de restablecerme. Vaya usted á advertirles que no quiero á nadie en mi casa.

El cura y el médico bajaron, repitieron la orden del moribundo, y, llevados de su indignación, vituperaron la conducta de los herederos con duras palabras.

—Señora Bougival, dijo el médico, cierre usted la reja y no deje entrar á nadie; no parece sino que no pueda uno ni morir tranquilo. Prepare usted una cataplasma de mostaza para aplicársela á los pies al señor.

—Vuestro tío no ha muerto, y puede vivir aún mucho tiempo, decía el abate Chaperon despidiendo á los herederos, que habían ocupado ya la casa con sus hijos. Reclama el más profundo silencio, y no quiere á su lado más que á su pupila. ¡Qué diferencia entre vuestra conducta y la de esa joven!

—¡Viejo hipócrita! exclamó Cremiere. Vengo á hacer de centinela porque es muy posible que se maquine algo contra mis intereses.

El dueño de la posta había desaparecido ya en el jardín con intención de velar á su tío en compañía de Úrsula y de hacerse admitir en la casa como enfermero. Sin que sus botas hicieran el menor ruido, gracias á que el corredor y la escalera estaban alfombrados, Minoret-Levrault pudo llegar hasta la puerta del cuarto de su tío sin ser oído. El cura y el médico se habían marchado, y la Bougival preparaba el sinapismo.

—¿Estamos solos? dijo el anciano á su pupila.

Úrsula se puso sobre las puntas de sus pies para mirar al patio, y le dijo:

—Sí, el señor cura ha cerrado la reja al salir.

—Hija querida, dijo el moribundo, mis horas, mis minutos, están contados. No en vano he sido médico. El sinapismo del doctor sólo me hará llegar hasta la noche. No llores, Úrsula, dijo al verse interrumpido por los llantos de su ahijada. Escúchame bien: es preciso que te cases con Sabiniano. Tan pronto como la Bougival haya subido con el sinapismo, baja al pabellón chino, aquí tienes la llave; levanta el mármol de la cómoda y debajo encontrarás una carta dirigida á ti: tómala y ven á mostrármela, pues sólo viéndola en tus manos podré morir tranquilo. Cuando yo haya muerto, no digas nada á nadie. Después llama al señor Portenduere, leed la carta juntos, y júrame en su nombre y en el tuyo ejecutar mis últimas voluntades. Una vez que Sabiniano se haya avenido á obedecerme, anunciarás mi muerte, y la comedia de los herederos empezará. ¡Quiera Dios que esos monstruos no te maltraten!

—Está bien, padrino mío.

El dueño de la posta no escuchó el resto de la escena y se fué de puntillas, acordándose de que la cerradura del despacho estaba de la parte de la biblioteca. Cuando se hacía la casa, Minoret-Levrault había oído una discusión entre el arquitecto y el cerrajero, el cual pretendía que, por si entraban en la casa por la ventana que daba al río, no era conveniente, por prudencia, colocar la cerradura de la parte de la biblioteca, toda vez que el despacho había de ser una pieza de desahogo para el verano. Deslumbrado por el interés y zumbándole los oídos, Minoret destornilló la cerradura con una navaja con la precipitación de un ladrón, entró en el despacho, tomó de él el paquete de papeles sin entretenerse en abrirlo, colocó de nuevo la cerradura, y fué á sentarse al comedor esperando á que la Bougival subiese con el sinapismo para dejar la casa. El malvado operó su huida con tanta más facilidad cuanto que Úrsula creyó más urgente aplicar el sinapismo á su padrino que obedecer sus órdenes.

—¡La carta! ¡la carta! gritó el anciano con moribunda voz. Obedece, ahí tienes la llave, quiero verte la carta en la mano.

Estas palabras fueron acompañadas de miradas tan extraviadas, que la Bougival dijo á Úrsula:

—Haga usted lo que le manda su padrino, ó anticipará usted su muerte.

La joven le besó en la frente, tomó la llave y bajó; pero llamada por los penetrantes gritos de la Bougival, tuvo que acudir antes de haber cumplido las órdenes recibidas. El anciano la

abrazó con una mirada, le vió las manos vacías, se irguió en su lecho y quiso hablar; pero murió exhalando un horrible suspiro y con los ojos extraviados por el terror. La pobre Úrsula, que veía la muerte por vez primera, cayó de rodillas y rompió en amargo llanto. La Bougival cerró los ojos del anciano y, después de amortajarlo, corrió á advertir á Sabiniano. Pero los herederos, que estaban de pie en la calle, rodeados de curiosos y cual si fuesen cuervos que esperan que un caballo haya sido enterrado para ir á escarbar la tierra y á desgarrarlo con sus patas y pico, acudieron á la casa con la celeridad de aves de rapiña.

Entretanto, el dueño de la posta se había ido á su casa para saber lo que contenía el misterioso sobre.

He aquí lo que encontró:

Á MI QUERIDA ÚRSULA MIROUET, HIJA DE MI CUÑADO NATURAL JOSÉ MIROUET Y DE DINAH GROLLMAN.

»Nemours 15 de enero de 1830.

»Angel mio: Mi afecto paternal, que tan admirablemente justificaste tú, tuvo por principio, no sólo el juramento que hice á tu pobre padre de reemplazarle, sino también tu semejanza con Úrsula Mirouet, mi mujer, cuyas gracias, talento, candor y encanto me has recordado sin cesar. Tu calidad de hija del hijo natural de mi suegro podría anular las disposiciones testamentarias que yo hiciese en tu favor...»

—¡Viejo bribón! gritó el dueño de la posta.
«...Y tu adopción hubiera sido objeto de un

pleito. Finalmente, he reculado siempre ante la idea de casarme contigo para transmitirte mi fortuna, porque podría vivir mucho tiempo y destruir así tu dicha, que sólo está retardada por la vida de la señora de Portenduere. Pesadas maduramente estas dificultades y deseando dejarte la fortuna necesaria para un porvenir hermoso...»

—¡El malvado había pensado en todo!

«...Sin dañar en nada á mis herederos...»

—¡Jesuíta! como si no tuviésemos derecho á toda su fortuna.

«...Te destino el fruto de las economías que he hecho durante diez y ocho años con objeto de proporcionarte la mayor suma de felicidad que puede adquirirse con la riqueza. Sin dinero, tu educación y tus elevadas ideas contribuirían á tu desgracia. Por otra parte, tú debes una hermosa dote al joven encantador que te ama. En medio del tercer tomo de las *Pandectas, in folio* encuadernado con marroquí rojo, y que es el último tomo de la primera fila de la parte del salón, encontrarás tres inscripciones al portador, las cuales reditúan doce mil francos cada una...»

—¡Qué maldad más profunda! exclamó el dueño de la posta. Pero no querrá Dios que yo me vea burlado de este modo.

«...Tómalas inmediatamente, así como las pocas economías que tenga en casa en el momento de mi muerte, economías que encontrarás en el tomo precedente. Piensa, hija adorada, que debes obedecer ciegamente á la idea que ha constituido la dicha de toda mi vida y que me obligarías á pedir el auxilio de Dios si me des-

obedecieses. Pero, para evitar todo escrúpulo en tu conciencia, que tanto conozco, encontrarás adjunto un testamento en forma por el cual lego las inscripciones á Sabiniano de Portenduere. De este modo, ya las poseas por ti misma, ó ya provengan de aquel á quien amas, lo cierto es que serán legitimamente tuyas.

»Tu padrino,

»DIONISIO MINORET.»

A esta carta iba unido el siguiente documento, extendido en papel timbrado:

«ESTE ES MI TESTAMENTO

»Yo, Dionisio Minoret, doctor en medicina, domiciliado en Nemours, y sano de espíritu y de cuerpo, como lo demuestra la fecha de este testamento, lego mi alma á Dios, rogándole que perdone mis errores en gracia á mi sincero arrepentimiento. Asimismo, habiendo reconocido que me profesa un verdadero afecto el señor vizconde don Sabiniano de Portenduere, le lego treinta y seis mil francos de renta perpetua, los cuales podrá tomar á mi muerte con preferencia á todos mis herederos.

»Hecho y escrito de mi puño y letra en Nemours, á once de enero de 1831.

»DIONISIO MINORET.»

El dueño de la posta, que para estar bien solo, se había encerrado en el cuarto de su mujer, buscó sin titubear el eslabón fosfórico, y recibió dos avisos del cielo mediante la extin-

ción de dos cerillas que se negaron sucesivamente á encenderse. La tercera prendió, y Minoret quemó la carta y el testamento en la chimenea. Por superflua precaución, el malvado enterró los restos del papel y de las cerillas en las cenizas, y engolosinado con la idea de poseer los treinta y seis mil francos de renta sin que su mujer lo supiese, se fué á paso de corzo á casa de su tío. Al ver aquella mansión invadida por las tres familias, dueñas al fin de la plaza, tembló ante el temor de no poder llevar á cabo su proyecto, acerca del cual no se tomó la molestia de reflexionar, pensando únicamente en sus obstáculos.

—¿Qué hacéis ahí? dijo á Massin y á Cremiere. ¿Creen ustedes que vamos á dejar la casa y los valores abandonados? Nosotros somos tres herederos y no podemos estar con los brazos cruzados. Usted, Cremiere, corra á casa de Dionisio y dígame que venga á levantar el acta de defunción. Aunque soy teniente alcalde, no puedo hacer el acta mortuoria de mi tío. Usted, Massin, vaya á rogar al señor Bongrand que venga á sellar la casa. Y ustedes, señores, dijo á su mujer y á las señoras Massin y Cremiere, hagan compañía á Úrsula. De esta manera no se perderá nada. Sobre todo cierren ustedes bien la reja y que nadie salga.

Las mujeres, que vieron lo acertadas que eran aquellas medidas, corrieron al cuarto de Úrsula y encontraron á aquella pobre criatura anegada en llanto, arrodillada y rogando á Dios. Minoret, comprendiendo que las tres herederas no permanecerían mucho tiempo al lado de Úrsula

y temiendo la desconfianza de sus coherederos, se fué á la biblioteca, cogió el tomo indicado, lo abrió, tomó las tres inscripciones, y encontró en el otro tomo una treintena de billetes de Banco. A pesar de su naturaleza brutal, el coloso sintió que le zumbaban los oídos y que la sangre se agolpaba á sus sienes al mismo tiempo que verificaba el robo. Sin embargo del riguroso frío que hacía, Minoret sintió la camisa pegada á la espalda por el sudor, y por fin, como las piernas le flaqueasen, cayó sobre un sofá del salón como si hubiese recibido un golpe de maza en la cabeza.

—¡Ah! ¡cómo le ha soltado la lengua á Minoret la cuestión de la herencia! dijo Massin corriendo por la villa. ¿Lo ha oído usted? le decía á Cremiere. ¡Vaya usted aquí! ¡vaya usted allá! ¡Qué trazas se da!

—Sí, para ser tan bestia, se mostró muy avisado.

—¡Caramba! dijo Massin alarmado, su mujer está allí también, y me parecen demasiados para estar en la casa. Haga usted los encargos, que yo me vuelvo.

En el momento en que el dueño de la posta se sentaba, vió asomar detrás de la reja la cara sonrojada del escribano, que volvía con celeridad de fuina á la casa mortuoria.

—Y bien, ¿qué hay? preguntó el dueño de la posta al mismo tiempo que iba á abrir á su coheredero.

—Nada; vuelvo de avisar al juez para que ponga los sellos, respondió Massin dirigiéndole una mirada de gato salvaje.

—Quisiera que estuvieran ya puestos para que pudiéramos marcharnos cada uno á nuestra casa.

—Me parece que debíamos poner un guardián de los sellos, dijo el escribano. La Bougival es capaz de cualquier cosa por favorecer á la presumida. Dejaremos aquí á Goupil.

—¡A él! dijo el dueño de la posta, sería capaz de alzar con el santo y la limosna.

—Veamos, repuso Massin, esta noche habrá que velar al muerto, y dentro de una hora los sellos estarán puestos. Por lo tanto, nuestras mujeres pueden guardarlos. Mañana al mediodía tendremos que ir al entierro. Hasta dentro de ocho días no se podrá proceder á hacer el inventario.

—Lo mejor será que hagamos marchar de aquí á esa presumida, y que encarguemos al tambor del regimiento la custodia de los sellos y de la casa.

—Está bien, dijo el escribano. Ya que usted es jefe de los Minoret, encárguese de arreglar eso.

—Señores, señores, dijo Minoret, sírvanse ustedes permanecer en el salón, pues no hay que pensar en ir á comer, sino en proceder á sellarlo todo para la conservación de nuestros intereses.

Dicho esto, Minoret llamó aparte á su mujer para comunicarle las ideas de Massin relativas á Úrsula. Aquellas mujeres, cuyo corazón rebosaba venganza, y que deseaban tomar la revancha, acogieron con entusiasmo el proyecto de arrojar de aquella casa á la presumida. En aquel momento se presentó Bongrand, y le indignó oír la proposición que Celia y la señora Massin le hi-

cieron de que, en su calidad de amigo del difunto, rogase á Úrsula que saliese de aquella casa.

—Vayan ustedes mismos á arrojarla de casa de su padre, de su tutor, de su padrino, de su tío, de su bienhechor. Ustedes, que sólo deben esta herencia á la nobleza de su alma, cójanla por un brazo y arrójenla á la calle en presencia de toda la villa. ¿La creen ustedes capaz de robarles? Pues bien, confíen la custodia de los sellos á una persona, y estarán ustedes en su derecho. Pero sepan ustedes de antemano que no sellaré su cuarto, porque entiendo que está en su casa, y que todo lo que encierra aquél, es de su propiedad. Voy á darle cuenta de sus derechos y á decirle que meta en su habitación todo lo que le pertenezca... ¡Oh! lo hará en presencia de ustedes, añadió al oír la protesta de los herederos.

—¡Eh! qué os parece, dijo el recaudador de la posta y á las mujeres, que quedarán estupefactas al oír la colérica alocución de Bongrand.

—¡Ese sí que es un magistrado! exclamó el dueño de la posta.

Sentada en un pequeño sofá, medio desmayada, con la cabeza echada hacia atrás y los brazos en desorden, Úrsula dejaba escapar un sollozo de cuando en cuando. Sus ojos carecían de brillo, tenía los párpados hinchados, y en la expresión de una postración moral y física tan grande, que hubiera enternecido á los seres más sensibles, siempre que éstos no hubiesen sido herederos.

—¡Ah! señor Bongrand, ¡quién lo había de decir! después de la fiesta de un santo, la muerte y el duelo, dijo Úrsula con la sencillez propia de toda alma hermosa. Ya sabe usted lo que él era: en veinte años, no había tenido para mí ni la menor palabra de impaciencia. Yo he creído que viviría cien años. Él ha sido mi madre, sí, una buena madre, gritó Úrsula.

Estas pocas palabras atrajeron un torrente de lágrimas, entrecortadas por los sollozos, á los ojos de Úrsula, la cual cayó como una masa inerte.

—Hija mía, le dijo el juez de paz al oír que subían los herederos, le queda á usted toda la vida para llorar, y sólo le queda un instante para pensar en sus asuntos. Meta usted en su cuarto todo lo que sea suyo, porque los herederos me obligan á sellarlo todo.

—¡Ah! sus herederos pueden tomarlo todo, exclamó Úrsula irguiéndose con indignación, yo tengo aquí todo lo que hay de más precioso, ¡golpeándose el pecho.

—Y ¿qué es ello? preguntó el dueño de la posta presentando su terrible cara.

—El recuerdo de sus virtudes, de su vida, de sus modas sus palabras, una imagen de su alma celestial, dijo Úrsula con la cara y los ojos encendidos, levantando el brazo con sublime ademanos.

—¡Y tiene usted también una llave! exclamó agachándose para coger una llave que cayó del seno de Úrsula, empujada por sus ademanes.

—Es la llave de su despacho, adonde me en-